

**MI DEUDA CON PAVLOV. MEMORIA VIVIDA EN TIEMPO
DE SILENCIO**

ANTONIO COLODRÓN

RESUMEN

Este trabajo presenta la ponencia presentada en la reunión intermedia de la Sociedad Española de Historia de la Psicología (SEHP) en la que se recuerda las peripecias vividas personalmente por el autor en su deseo de dar a conocer en España, durante los años de la dictadura, la obra de Pavlov y sus discípulos.

Palabras clave: Historia de la psicología, psicología española contemporánea, España, I.Pavlov.

ABSTRACT

This work presents the communication displayed in the intermediate meeting of the Spanish Society of History of Psychology (SEHP) in which the author remembers the eventful journeys lived personally in its desire to show the Pavlov and his disciples' work during the years of the dictatorship in Spain.

Key words: History of psychology, Spanish contemporary psychology, Spain, I. Pavlov.

Ruboriza un poco sentarse a esta mesa entre tan acreditados estudiosos del modo de acción humano para hilvanar unas palabras en torno a la peripecia de Pavlov en España durante la segunda mitad del siglo XX que a mí me tocó vivir.

Ni que decir tiene que, cuando hace un par de semanas una llamada telefónica de Dolores Saiz me ofrecía participar en esta reunión, mi primer impulso fue abstenerme. Revisar la introducción del neopavlovismo en España tras la segunda guerra es tarea embarazosa y precisada de una erudición de que carezco. Sin embargo, el reto era gitano y su hechizo me comprometió si no a decir «así es como sucedió» si, al menos, «así es como lo viví». Por ello, esta pequeña crónica, desde una memoria cuadrada por oscuros manejos de doctrinas redentoras, aspira sólo a dar noticia del minúsculo espacio de mi particular circunstancia sin asomarse fuera de ella donde, tal vez, aventuras de más nervio, por también silenciadas, no conocí. Téngase en cuenta que el acceso a la docencia, aún en los niveles más humildes, exigía, certificada, la adhesión al Movimiento y una conformidad ostensible y sin grietas con el tomismo mientras una censura cerrada decapitaba cualquier intento de aproximarse a la prensa e, incluso, a las revistas de la profesión.

Comienza esta crónica con prólogo en 1957, cuando el bip-bip del Sputnik, y termina en torno a un 20 de Noviembre casi dos décadas después. Veinte años de sucesos, acontecimientos que transformaron el mundo, poco oportunos para la expansión en occidente de la obra de Pavlov: misiles en Cuba, carrera del espacio, muro de la vergüenza, concilio Vaticano, Kennedy, Vietnam, el Che, Mayo de París, primavera en Praga, la luna, ping-pong chino-americano, Yon-Kippur, crisis del crudo, claveles en Lisboa.... el gran silencio de Madrid. España, una, grande y libre, anticomunista y levantada contra cuanto emana de la URSS; España el vigía más adelantado; nosotros más, como siempre. Y en los escondrijos de los mandarines un retrato de Pavlov tan distante de los hechos que más que en discrepancias científicas parecía inspirado en fábulas de John Le Carré.

Casualmente, un día cayó en mis manos un libro de lance: «Esbozo de patofisiología de la actividad nerviosa superior» de un tal Ivanov Smolensky, avalado por una noticia bajo el título: «Premio Stalin de investigación, 1949». Libro incomprensible, en su desvergonzada traducción mejicana, dejaba, no obstante, entrever un camino fisiopatológico como alternativa a los tradicionales en la investigación de la patología mental.

Esa idea puso alas para el salto a Berlín, mágica ciudad de los espías, todavía sin muro, donde cada ciudadano investiga a su vecino. En los circuitos psiquiátricos, la salida de Laika al espacio es el tema del día y el nombre de Pavlov se repite tanto en el Ost como en el West. ¿Podrá el hombre soportar los viajes espaciales sin enloquecer? Sí, responden algunos, si está

debidamente condicionado. Se da por supuesto que será un ruso. De ello no cabe dudar. La ventaja sobre América, se piensa, en este dominio, es insuperable.

De vuelta a España, cuando aún no ha volado Gagarín, recorrer con dos maletas atestadas de libros el largo andén de Hendaya para el trasbordo del rápido francés al expreso de la RENFE fue algo más que un mal augurio: el cambio de railes para traquetear el pensamiento por el páramo tapiado, levítico y policial. La primera advertencia se precipitó apenas puesto el pie en la Estación del Norte; tras tocarme en la espalda y hacerme unas secas preguntas, un sujeto de aspecto inconfundible, me invitó con malos modos a acompañarle a la comisaría. El equipaje, libros, todos de autores rusos en alemán, editados en la antigua D.D.R., incitó a los funcionarios a un meticuloso examen y a exigir una detallada explicación. Fue así como, en condiciones tan poco académicas, hube de improvisar mi primer discurso sobre el autor de aquellos siete volúmenes de las obras completas, tres más de los coloquios de los miércoles y otro de los trabajos seleccionados. Pschonik, Bykov, Smolenski, y hasta una docena más, merecieron menor atención; nunca comprendí porqué.

El relato de tan esperpéntica historieta, por fortuna hoy inconcebible, en la destartalada estancia policial, es punto para pedir excusas por la inelegancia de haberme referido como primer actor. Un estilo impertinente que no sabré eludir. Pero, así fueron las cosas y, bien a mi pesar, el exiguo contenido de cuanto sigue se encogerá más, todavía, sobre este obligado protagonismo, en medio de la inaudita trama de cuidados que cercenaron la comunicación.

Para quien no conoció aquellos años, no es posible imaginar el ambiente de ocultación y de hermetismo en que se vivía. Cenáculos de nacionalcatolicismo psiquiátrico definían lo tolerable con límites tan estrechos que el propio psicoanálisis padeció lo suyo tras los discursos de Pío XII en el Congreso Internacional de Histopatología del sistema Nervioso en 1952 y en el Congreso de Psicoterapia y Psicología Clínica del año siguiente.

Sobre Pavlov, cuando al final de los cincuenta, tras tanto tiempo negado, se volvió a oír hablar, se alzó una conspiración de silencio. Nombrarlo desataba una consigna: está sobrepasado en toda su dimensión; una antigualla. El hombre es más que el perro; es libre y puede decir no.

¿Libros? En castellano pocos, elementales, editados en Mejico y Argentina, nunca exhibidos no fuera a ser.... Se conseguían, con dificultad, por libreros amigos: «El cerebro infantil», de Krasnogorsky, 1953, (Psique); «Los reflejos condicionados aplicados a la psicopatología y psiquiatría» de Pavlov, 1954, (Peña Lillo); «Psicopatología dialéctica» de Thenon, (Platina), 1963. «Psicología» de Smirnov, Rubinstein y Tieplov, (Grijalbo) 1962. «Neurosis de órgano y la teoría del reflejo. Un estudio pavloviano» de Casanelli, (Nuestro

Tiempo), 1964. «Pavlov y los reflejos condicionados» de Cluny, (Cid), 1963 y algunos más, en general sobre trabajos previos a la guerra mundial: Lértora, Vatsuro, Lafitte... Uno curioso y abierto a la cohabitación con el freudismo, «Refexología y psicoanálisis» de Frolov. Téngase en cuenta que la obra fundamental y primigenia de Bykov, concluida en Kirov en 1942, «Corteza cerebral y órganos internos», vio la luz en Leningrado en Junio del 44 cuando aún humean los incendios provocados por la Wehrmacht y los aliados desembarcan en Normandía. La primera traducción al alemán es de diez años después, 1954, y al español de 1958 (Cartago).

En París podían encontrarse algunas cosillas de Angelergues, Le Ny, Guillant y otros en los «Cahiers de Psychologie Scientifique» de «La Raison» que, también, en 1954, dedicó un número extraordinario al aporte a la medicina de la escuela de Leningrado. El «Tratado de fisiología» de Bykov se editó en alemán en 1960.

En un intento por dar a conocer algo de lo que se hacía en Koltuchi, entonces ya Pavlovo, recorrí buen número de editoriales con un manuscrito bajo el brazo, («La medicina córtico-visceral»). Al fin, en 1965, Península, situada en espacio más sociológico que médico, aceptó publicarlo si conseguía un prólogo de alguna pluma relevante, tarea laberíntica donde cualquier discurso propicio podría leerse como apología del mal.

El desarrollo posterior a Pavlov se desconocía. Sólo algún ginecólogo trabajaba en el parto sin dolor según método desarrollado por Nicolaief, Velvoski, Platonov y Plotichek importado a Francia por Chertok. El parto psicoprofiláctico, proceder destinado a descondicionar las conexiones temporales que vincularon la contracción uterina a la idea del dolor, fue tolerado con silencio sepulcral por colisionar con la maldición bíblica. Pronto se contrapuso a una versión clónica pero decapitada: el «parto con amor», de Read. «Parto con amor, parto sin dolor», un eslogan tontiloco que ganó cierto éxito purificado del compromiso cultural en el calvario de parir. En 1963, en León se celebró un congreso de obstetras quienes, como era de prever, se inclinaron mayoritariamente por el calco descafeinado del inglés. Allí expliqué, sin pena ni gloria, como mediante un trabajo de esclarecimiento, los reflejos condicionados dolorosos pueden substituirse por conexiones temporales entre la señal «contracción» uterina y una actividad útil. Con los progresos anestésicos, el parto psicoprofiláctico y el amoroso, hermanados, pasaron a la historia..

Cuanto se refería a la investigación córtico-visceral se ignoraba aunque occidente pudo tener cumplida noticia, desde 1964, tras celebrarse en Berlín un congreso internacional sobre la materia al que asistieron algunos reconocidos investigadores, clínicos y psicólogos del mundo occidental. Grey Walter, por ejemplo entonces en Bristol, Chertok, en París, Brazier en Los Angeles,

Eysenk y algunos otros que no puedo recordar. Supe, bastante después, que en la Universidad del Estado de Pensilvania había tenido lugar un simposio sobre condicionamiento clásico que incluyó incluso algunas aportaciones sobre el condicionamiento de respuestas cardiacas en el hombre. Tal vez, estas reuniones fueron, en cierto modo, un anticipo de la ponencia del Congreso Internacional de Psiquiatría celebrado en Madrid un par de años más tarde cuyo contenido «Psiquiatría del Este, psiquiatría del Oeste» tanto interés despertó para terminar en nada.

Participé en este congreso madrileño con una insignificante noticia sobre el «Sentido dialéctico de la teoría de la actividad nerviosa superior», inesperadamente admitida, tal vez en una ostentación de aperturismo por el carácter internacional del acontecimiento. Dado que mi intervención fue programada en una pequeña sala del actual ministerio de Sanidad, a la misma hora en que a notable distancia tendría lugar el encuentro Este Oeste en el salón de actos del Instituto Nacional de Previsión y, convencido de que habría de hablar para mi chaqueta, me sorprendió ver la pequeña sala abarrotada de oyentes que demostraron un conocimiento vivo y actualizado del pavlovismo. Creí entender que aquella asistencia mayoritariamente hispanoamericana obedeció al deseo de apoyar a un colega eremítico y extraño pero, cuando todo se retorció, no tardé en oír comentarios sobre la internacional del partido comunista y fue así como aquella amable presencia hispanoamericana se convirtió en una carga agobiante.

En 1965, Faustino Cordon aceptó, de buen grado, prologar mi pequeño libro con un amplísimo y original comentario sobre «La significación de la técnica de los reflejos condicionados para entender el origen y naturaleza de la actividad animal». La gentileza del prestigioso biólogo me abrió, al fin, las puertas de la editorial. Pronto agotado, comenzaron a circular fotocopias del libro entre los estudiantes de medicina, sobre todo en Barcelona donde surgieron invitaciones para dictar sucesivas conferencias de las que se decantó un pequeño grupo de asiduos (ahora psiquiatras prestigiosos, Masana, Toro, Farré, Otero, Llaneras, Corominas...). Juan Obiols, catedrático joven con nuevo estilo, abierto a todas las tendencias, aceptó también aquella minoría herética mientras, en Madrid, el aire pavloviano llegó a la Facultad de Sociología (1964-65) con un curso del que fui encargado por Germain.

En 1968, la editorial Atlanta decidió publicar la «Patología Córtico-visceral», obra culminante de Bykov y Kurzin sobre la patología general reflejo condicionada. Fue difícil encontrar traductor. José Lain Entralgo y su hija Carmen hicieron un duro trabajo que precisó repetidas revisiones y, por supuesto, ser expurgado de las citas de Marx o Lenin a que tan obligados se veían los autores rusos. Aunque de tediosa lectura por amplitud y riqueza, ganó el respeto de unos pocos que se le acercaron.

Este mismo año, Alianza me encargó una edición de «Fisiología y Psicología», trabajos seleccionados de Pavlov que, en numerosas reimpressiones alcanzó cifras de ejemplares difícilmente imaginables. Fue un librito incompleto pues la editorial, cautelosa del éxito, decidió limitar el contenido a unos pocos trabajos consagrados del autor. Treinta y un años más tarde, en 1999, fue reimpresa, una vez más, por Altaya en una edición de kiosco.

En «La Acción Humana» (Península, 1969), libro que hoy tengo por insuficientemente elaborado, intenté una explicación de la coherencia entre el modo de acción humano y sus trastornos. Desde una perspectiva evolucionista analicé la coherencia entre los agentes patógenos y los terapéuticos en los niveles de organización que el hombre integra, como vía para depurar el dualismo implícito en la coexistencia de dos supuestos modos distintos de actividad nerviosa, superior e inferior.

Durante los años 66 a 69, se discutió vivamente sobre Pavlov en los cursos, obligadamente incompletos, que dicté en el Centro de Investigación y Docencia (CEISA) y en la Escuela Crítica de Ciencias Sociales, ámbitos docentes singulares fruto de la sin par inquietud e iniciativa de Vidal Benedito, con el deseo forzar una enseñanza libre de los condicionantes ideológicos del autoritarismo. Refugio de demócratas impenitentes, Aranguren, Tierno Galvan, García Calvo, Muguerza, Morodo y muchos otros... ejerció, en todos los espacios, un magisterio prohibido en la Universidad. Por desgracia demasiado breve. Ni que decir tiene que ambos centros fueron clausurados, y no sin cierto atropello, tras comprensibles desavenencias con la Dirección General de Seguridad.

Al año siguiente, indicio de que algo comenzaba a cambiar, por encargo de Pinillos dirigí un seminario en la Facultad de Filosofía al que siguió el nombramiento provisional para dictar un curso de psicopatología.

Entre tanto, el pequeño grupo de Barcelona había engrosado y en 1971, en el Congreso de Medicina Psicosomática celebrado en Sitges, se aceptó una ponencia sobre medicina córtico-visceral y fui elegido presidente de la Sociedad Española, honor que traigo a este discurso por significar un primer asentimiento con una orientación médica vergonzosamente descalificada.

Con la incorporación del neoconductismo norteamericano hubo una cierta aquiescencia pero la suave brisa atlántica no casaba bien con el frío de Siberia. Consolidada la guerra fría, con el mundo repartido entre americanos y rusos, huela comentar la parte por la que España se inclinó. El congreso internacional de Psicología de la Conducta celebrado en Munich (1972) sólo en apariencia resolvió algunas dificultades formales. Presenté allí un trabajo («Inversión del valor de las señales condicionadas en el tratamiento de las fobias») por el que fui aceptado como miembro fundador de la Sociedad Europea de Modificación de la Conducta. Pero, en Munich, quedó nitidamente definida una linde infranqueable.

Por esas fechas, los amigos de Barcelona iniciaron en Fontanella una espléndida serie de publicaciones sobre «Conducta humana» dirigido por Bayés, Masana y Toro, que incluyó una edición excelente de trabajos seleccionados de Pavlov con prólogo de quien les habla y una amplia introducción de Kochtoianz (1972). Años más tarde, (1978), la misma editorial, en su colección Breviarios de Conducta Humana sacó a la luz «Los reflejos cerebrales» de Sechenov, edición crítica con una introducción, también mía, sobre la influencia del maestro de la neurofisiología rusa en cuantos más tarde levantaron el andamiaje de la teoría médica córtico-visceral: Bykov, Airapetianz, Asratian, Rogov, Kurzin y muchos otros.

La entrada en tromba del neoconductismo había abierto un pequeño espacio de discusión al menos sobre logros y prioridades. En Valladolid, en 1976, colaboré en una ponencia, al Congreso Nacional de Psicología, sobre «Modificación de conducta» dirigida por Corominas y participada por Masana, Farré, Sacristán y Carrobes. Junto a tan nutrido grupo de acreditados comportamentalistas a nadie sorprendió la aportación pavloviana con varios filmes para explicar el «modus operandi» de la conmutación del significado de las señales condicionales.

Tampoco quiero dejar de recordar como, tiempo atrás, más o menos coetáneo con los pródromos remotos del Mayo francés había aparecido un nuevo tipo de censor aficionado sin más poder que su osadía, pero muy cargante y arbitrario, arropado en una nueva oleada psicoanalítica devota del joven Marx. Si hasta entonces apostar por el condicionamiento había requerido un ejercicio permanente de prudencia, frente a este «nuevo humanismo dispuesto a construir sin dominación ni explotación del hombre por el hombre» cualquier intento de acercamiento era algo tan sin substancia como arar en el agua.

Entre tirios y troyanos el buen Pavlov, que comenzaba distanciarse entre nosotros de la reflejoterapia del doctor Asuero y de las tornadizas ortodoxias políticas, se criticaba ahora desde un humanismo marxiano y la pequeña rendija abierta parecía cerrarse con los embates de una «gauche divine» recitadora incontenible de los «Manuscritos». Por si fuese poco, el salutífero vendaval antipsiquiátrico, enseguida pervertido, se hundía en un mar de confusión donde se identificaban las formas del mundo con ciertos modos de verlo. Marx californiano, gritos de Ginsberg, marihuana, flores y proverbios zen, Marcuse, Skinner y sus palomas, humanismo, libertad, control totalitario y ciencia. Si en medio de las pasadas dificultades el pavlovismo con su exigente rigurosidad incitaba a desatender ultrajes de retardatarios y tridentinos, el caos de lo reciente exigía demasiado.

La resistencia al pavlovismo se desplazó de los laboratorios a la calle, desde los datos concretos hacia su significado. El declinar de Rusia y el reflujo de su investigación, movió a los neurocientíficos de todo occidente a

desatender los nuevos hallazgos menores. En adelante, el eje del conflicto por el que el pavlovismo va a seguir rechazado no es otro que su empuje hacia una incómoda reflexión sobre el hombre y su albedrío. ¡Quedémonos con el Pavlov reduccionista! ¡Vivamos en paz!

Para muchos, la cuestión del pavlovismo, se entiende acabada. Pero el debate sobre el condicionamiento y su alcance continúa y así sucederá en tanto las grandes preguntas sobre el hombre permanezcan. Pavlov sometió al método experimental el modo de acción de los animales. Esto ya no se cuestiona. Se cuestiona la medida del hombre incondicionado sin fiar en un «deus ex machina» que resuelva la indecisión. Así las cosas y plenamente instalado entre nosotros el «ethos» norteamericano y su inteligencia del hombre salvo algunas conferencias, varias de ellas recogidas más tarde en un pequeño librito («De la enfermedad como respuesta»), decidí retirarme de una polémica al margen de la actividad clínica tan largamente enriquecida por el colosal legado pavloviano.

El marxismo-leninismo oficial en la entonces Unión Soviética situó la obra de Pavlov en vector cardinal de la ideología de estado desde un ejercicio del poder con rancia ideología heredada de los años treinta cuando decidió escindir la ciencia en proletaria y burguesa. Tal burda dicotomía que sirvió a la progresión de Lyssenko intentó beneficiarse de Pavlov. La reunión de la Academia de Ciencias de 1950 donde se reivindicó su doctrina no tuvo otro objetivo. Sin embargo, si los políctólogos determinaron que las ciencias eran tan ideológicas como la historia, los mejores entre quienes siguieron a Pavlov supieron librarse de esta pesadilla aún al precio de mantener opaca su voz. La famosa carta de Lenin y el consiguiente decreto del Soviet Supremo iniciaron un apoyo que, incómodamente aceptado por Pavlov para poder continuar con su trabajo lo fue no menos fastidiosamente por muchos ideólogos que le motejaron de materialista vulgar, campaña más que conminatoria de condena, cuyos ecos tardíos también se sintieron en España reflejados por gentes temerosas de un renacer de La Metrie. Más tarde, con los avatares políticos se destruyó el contenido intelectual al vincular de modo dogmático a Pavlov y Marx.

Digerida, aunque no fuera fácil digestión, la idea de un Pavlov alejado de los compañeros de viaje, en España había sobrados intereses para mezclarlo con los librepensadores. En línea con la tradicional vinculación de materialismo y ateísmo, de nuevo se olvidó que, si bien entroncados en muchos puntos no son conceptos sinónimos. Pavlov nunca negó a Dios como no lo pretenden tampoco la mayoría de los materialismos. Excluyen, sí, las explicaciones extranaturales en la ciencia. Pero, esa obstinada desidia nuestra, tomó de Pavlov sólo lo más simple. A fin de cuentas lo mismo hicieron quienes lo premiaron con el Nobel, en 1904, por los trabajos sobre la secreción

gástrica sin tener en cuenta «La psicología y la psicopatología experimentales en los animales» comunicación imperecedera donde, en Madrid en 1903, expuso por vez primera la idea del reflejo-condicionado.

Pavlov tampoco negó la conciencia «He sido siempre, y lo soy ahora, un observador de mi mismo y de los demás en tanto que ello es prácticamente accesible... Estoy deliberadamente contra cualquier teoría que pretenda englobar todos los fenómenos que constituyen nuestra subjetividad pero no puedo renunciar al análisis de ésta, a la tentativa de comprenderla en ciertos puntos distintos...» Quizá son palabras que no se habían leído. Pero lo cierto es que en España, la alianza del control político y religioso en un entorno filosófico y creencial perfilado con banderas de victoria cerró cualquier atmósfera de discusión. Aquí tanto o más que en la propia URSS, pero haciendo las eses al revés, se alzaprímó el sentido político que los ideólogos soviéticos vincularon a Pavlov. Se procuró desvirtuarlo, trivializarlo, y menospreciarlo y aún se continuó injuriándolo después cuando ya no cabía ignorarlo más.

En todo caso, la discusión sobre la naturaleza de lo psíquico sigue abierta y probablemente, desde la condición humana nunca se alcance a cerrar. Pero fue un paso de gigante para entender la naturaleza de las relaciones del hombre con su medio y consigo mismo el dado por Pavlov a quien, al cabo de tantos años, considero una vez más como un honor haber podido rendir este pequeño homenaje.